

PREFACIO

EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

Michelangelo BOVERO

I. MIEDO AL POPULISMO

En mayo de 2017 fui invitado por una joven y brillante asociación cultural calabresa —con sede en Rocella Ionica y que tiene un bonito nombre clásico, *scholé*— a participar en un seminario sobre el tema (denominado) “Populismo”. Precisamente en esos días, Guadalupe Salmorán se preparaba para discutir y defender en la Universidad de Turín —y ante un jurado internacional— su tesis de doctorado, dedicada a aquel tema, particularmente candente en el debate italiano y europeo. Me llevé a Calabria la tesis de Guadalupe, de la que extraje numerosas ideas y argumentos.

Reconstruyo el contexto. El de 2017, en Europa, fue un “año electoral”: se tuvo una abundante serie de consultas públicas, que inició en marzo en Holanda y prosiguió en Francia, Gran Bretaña, Austria y Alemania. A la que se uniría, en marzo del año siguiente, Italia. El clima político general era de tensión y preocupación. La gran crisis económica y social desatada diez años antes impulsó dondequiera el crecimiento de fenómenos como la abstención en las contiendas electorales, la desafección hacia la vida pública, el desprecio e incluso el resentimiento hacia sus actores tradicionales e instituciones consolidadas. No sólo eso, sino precisamente a partir de la resaca de desconfianza y suspicacia, consiguiente al retiro masivo de la ciudadanía de las formas y canales habituales de participación, se había generado y manifestado en varias partes del mundo un conjunto complejo de fenómenos reactivos, muy variados pero unidos por un aire de familia: la familia de los así llamados “populismos”. Al inicio de 2017, entre los observadores europeos circulaba el miedo de que la onda general de malestar social y desconfianza política aumentase al grado de

XIV PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

trastornar los equilibrios de todos los sistemas políticos, llevando al poder o muy cerca del poder, un poco en todas partes, movimientos (calificados como) populistas, en particular, a aquellos en proceso de radicalización hacia la derecha. Además, porque ya se habían verificado algunas premisas alarmantes. En 2016, dos consultas populares de gran relevancia habían provocado, con resultados muy sorprendentes, notables convulsiones en el paisaje político del mundo occidental, asimilables al resultado que provocan los terremotos: primero, el referéndum (aunque con valor meramente consultivo) que había revelado la voluntad de la mayoría, aunque apenas suficiente, de ciudadanos británicos de salir de la Unión Europea; y, segundo, la elección del presidente de los Estados Unidos de América, desde siempre configurada como un duelo mayoritario para la conquista del consenso popular, pero esta vez revestida de un énfasis plebiscitario especial, gracias a la identidad peculiar de uno de los contendientes, el que finalmente resultó vencedor. Los dos terremotos políticos de alcance global en 2016, el (así conocido) *Brexit* y la elección de Donald Trump habían inducido a muchos observadores y gran parte de la opinión pública a esperar la llegada de nuevas convulsiones como resultado de las competencias electorales previstas en Europa en 2017, prefigurándolas casi como una serie de terremotos, de mayor o menor gravedad, una inevitable continuación de las sacudidas catastróficas del año anterior.

Ese era el clima en el que había madurado, en mayo de 2017, la idea del seminario de Roccella Ionica al que hacía referencia antes, mientras Guadalupe estaba por discutir su tesis sobre “Populismo”. En realidad, las consultas electorales de 2017 habrían provocado, sí, transformaciones notables, pero no convulsiones, al menos no las que se habían previsto, ni en la medida por muchos temida. Partidos y movimientos (calificados de) “populistas” tuvieron éxitos evidentes pero no verdaderos triunfos. Esto no significaba que la onda sísmica identificada en el discurso público común como “populista” y “soberanista” estuviera perdiendo vigor, al contrario: las fallas por ella provocadas en la cultura política de los ciudadanos europeos seguirían profundizándose peligrosamente. No obstante, para entonces y por ahora, no más allá de un auténtico umbral crítico. Lo mismo puede decirse de las recientes elecciones para el Parlamento de la Unión Europea, que se realizaron el 26 de mayo de 2019: partidos y movimientos “populistas-soberanistas”, de orientación ideológica anti-europea, se revelaron como componente notable, sustancialmente homo-

PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL XV

géneo e incluso creciente de la arena pública, pero que en conjunto no lograron imponerse, confinándose así como fuerzas de oposición.

La única excepción, mientras tanto, es Italia. Como siempre —o como de costumbre—: el laboratorio político de *Frankenstein* sigue produciendo monstruos. Las elecciones del 4 de marzo de 2018 vieron la neta afirmación del Movimiento 5 Stelle, pero también, aunque en segundo plano, de la Lega (ex “Lega Nord”, entonces independentista y secesionista, ahora convertida en un partido nacional y nacionalista, o como se dice hoy “soberanista”): ambas formaciones políticas reconocidas y designadas sin ninguna duda como “populistas”, a pesar de que esta última, la Lega, es abierta y declaradamente de derecha radical, mientras que la primera, el Movimiento 5 Stelle, parece tener una identidad política más incierta e ambigua, autodefinida “post-ideológica”. El clamoroso éxito electoral dio lugar a un larguísimo proceso para la formación de una mayoría parlamentaria y un nuevo gobierno, ambos de naturaleza y composición inédita, que concluyó tres meses más tarde con el acuerdo de los dos sujetos políticos antes mencionados: la primera mayoría y el primer gobierno descaradamente “populista” en el corazón de Europa occidental.

Pero: ¿qué es un “gobierno populista”? ¿qué *significa*?

(A propósito, agregó: este último monstruo salido del laboratorio itálico parece haber llegado a su fin poco después de un año. Nació en pleno verano de 2019 un distinto gobierno de coalición, que ha expulsado a la Lega, es decir al populismo de extrema derecha, que había aumentado desmesuradamente sus consensos populares durante el año en que compartió el poder con, el Movimiento 5 Stelle, y justamente en detrimento de su aliado. El componente mayoritario en la nueva coalición de gobierno corresponde precisamente a este último, el Movimiento 5 Stelle, el otro populismo, que ahora ha aceptado aliarse con su enemigo histórico, el Partido Democrático. A muchos esta nueva coalición nos parece otro monstruo. Entre tanto, la Lega, desde la oposición, prepara la revancha).

II. LAS PALABRAS Y LAS COSAS

Antes de que iniciara el seminario en Rocella Ionica, se me acercó un periodista local y me dijo: “Profesor, por favor, ayúdeme a entenderlo bien: ¿qué es el populismo?”. Respondí: “Es una palabra”. Él me miró desconcertado. Intenté explicarme:

XVI PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

El populismo no existe. Si usted busca *el* populismo en el mundo real, allá afuera, en la vida concreta, no lo encontrará. No existe en el mundo “el señor Populismo”. Podrá encontrar, en cambio, en diversas partes del mundo y varios momentos históricos, una pluralidad de fenómenos que en cierto modo se asemejan entre sí —o algunos piensan que se parecen— y por eso mismo son denominados con el mismo nombre, o indicados con la misma palabra. Después habría que verificar si la semejanza es realmente consistente, significativa, si ha sido bien identificada y reconstruida o, más bien, es engañosa. Pero, en todo caso, no cometa el error de intercambiar el resultado de una operación mental, la designación con una sola palabra de una pluralidad de fenómenos similares, con la existencia de un objeto real; no cometa el error de considerar una idea abstracta (una noción, un concepto o un pensamiento) como una cosa concreta. No piense en *el* populismo como una sustancia, una esencia ontológica que de vez en cuando se manifiesta aquí y allá en el mundo de los fenómenos, de la experiencia común, asumiendo formas sensibles, como si la esencia “populismo” constituyera la “verdadera” naturaleza de tales fenómenos, su identidad y principio objetivo de explicación.

Se acercaron dos o tres personas más, incluyendo una de la asociación organizadora. La conversación se transformó en una especie de preseminario metodológico, una pequeña lección improvisada, simplificada e incluso irónica, de meta-teoría analítica. Más o menos en el siguiente tenor.

Desde siempre, los filósofos distinguen, en variadas e incluso contradictorias maneras, el pensamiento y el ser. Para decirlo de la manera más simple: las palabras y las cosas. Muchas palabras son nombres de cosas determinadas, concretas, identificables en el espacio y en el tiempo, y como tales reconocibles con un “nombre propio”. Por ejemplo: “Juan Domingo Perón” o “Silvio Berlusconi”; pero también (y pónganle atención: del mismo modo y por la misma razón) “peronismo” o “berlusconismo”: en tanto que fenómenos ubicables en lugares y momentos determinados de la experiencia histórica, de los cuales es posible estudiar y reconstruir la identidad. Muchas otras palabras, aquellas que no son nombres propios de cosas determinadas y concretas, son nombres de *cualidades* (aspectos y dimensiones) “abstractas”, que el pensamiento “abstrae”, “trae hacia afuera” y separa de las cosas concretas como si subsistieran *per se*. Por ejemplo: “rojo” o “azul”, nombres de colores como cualidades de las cosas, que a veces asumen un valor simbólico y emblemático, como en las banderas; pero lo mismo pasa con “carismático” o “ridículo”, dos

PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL XVII

cualidades que la escena política contemporánea frecuentemente ha mostrado superpuestas. O bien (o también, ya que de alguna manera es la misma cosa), las palabras que no son nombres propios de cosas determinadas y concretas pueden ser nombres de *grupos* de cosas, de géneros o especies; es decir, de “formas”. Por ejemplo: “populismo” (pero también “democracia”, y otras miles). De esta manera, podríamos decir en tono medio serio que “peronismo” y “berlusconismo” (nombres propios de) fenómenos concretos, empírica e históricamente observables, pueden ser “comprendidos”, es decir, entendidos e interpretados, en la forma (indicada con el nombre) del “populismo”, (también) en tanto que ambos se fundaron en un carisma ridículo (o grotesco y tragicómico), el cual es uno de los connotados de un concepto plausible de populismo.

El pensamiento analítico —el intelecto, dirían los clásicos— construye y distingue formas, a las que da nombres. Los conceptos (los productos acabados del pensamiento) son los significados de las palabras que indican grupos de cosas, esto es, son y pretenden expresar las formas de las cosas. Pero encontramos frecuentemente —en el lenguaje común mas también en el de los estudiosos— palabras y conceptos ambiguos, que son contruidos (más o menos bien) como nombres y significados de “formas” y, por tanto, como productos del intelecto, pero que en varios usos pretenden valer en tanto nombres de cosas concretas, como representaciones de entes reales. Por ejemplo: “pueblo”, “nación”, “etnia” y “cultura”. Ahora bien: lo mismo pasa con “populismo”. Cuando a una forma o una idea (un producto del intelecto, del pensamiento) se le atribuye una realidad concreta, al grado casi de personificarla, se dice que tal idea ha sido “hipostasiada”, o sea, transformada en una hipóstasis (en griego: sustancia, materia condensada).

La investigación de Guadalupe Salmorán se nutrió de una cantidad de verdad impresionante de lecturas. Basta revisar el aparato de notas de este libro. Me atrevo a decir que Guadalupe examinó, analizó, sopesó, valoró, utilizó, aprovechó, pensó y repensó todas (o casi todas, con algunas excepciones justificadas) las fuentes de información, reconstrucción, explicación e interpretación de aquel conglomerado de fenómenos que, desde hace más de un siglo, han sido gradualmente recogidos, en diversas y a veces contradictorias maneras, en la categoría —bautizada con el nombre de— “populismo”. Con el objetivo final de construir un concepto riguroso y convincente, un instrumento útil para observar y entender sin confusiones o distorsiones aquel mundo de fenómenos, un principio

XVIII PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

de intelección de una dimensión relevante de nuestra realidad política, en breve, una *teoría* — observación, reconstrucción, comprensión, explicación y juicio— del “populismo”. Esta operación intelectual fue guiada por el método empírico-analítico, instituido por Norberto Bobbio y desarrollado en la Escuela de Turín,* una tradición de pensamiento en la que Guadalupe se formó durante tres años de intenso trabajo. Su esfuerzo a menudo tomó la forma de una relación dialéctica, casi una lucha agonal, con un sinnúmero de interlocutores, ideales y reales: entre los estudiosos del (así llamado) populismo, Salmorán encontró, por un lado, muchos compiladores de datos empíricos con débiles cuadros conceptuales y, por otro, muchos deductores de conceptos a partir de visiones generales del mundo y de la historia, muchos “hipostatizadores”, buscadores de esencias perfectas a las cuales remitir los fenómenos imperfectos, y muchos rastreadores de detalles difíciles de recoger en marcos comprensivos. Guadalupe intentó extraer de cada uno de ellos una lección útil, positiva o negativa.

III. GEOGRAFÍA E HISTORIA

Inicié el seminario de Roccella Ionica teniendo bajo mis ojos el índice de la tesis de Guadalupe. Como exordio, reformulé la pregunta que me había hecho el periodista, “¿qué es el populismo?”, y también mi drástica respuesta, “es una palabra”. Expliqué: es un *signo*, que puede tener y, de hecho, tiene —en el lenguaje corriente y en el de los estudiosos— muchos *significados*, cada uno de los cuales corresponde a una *noción*, justamente,

* En la tradición turinesa, la “teoría” encuentra su núcleo sustancial en la analítica conceptual, conjugado con el estudio de los clásicos, y que en cierto modo presenta una parentela con la filosofía analítica de tradición oxoniense. La “teoría” de estilo turinés apunta, decía Bobbio, a la “reconstrucción, mediante el análisis lingüístico nunca apartado de las referencias históricas a los escritores clásicos, de las categorías fundamentales”, que permiten delimitar exteriormente y ordenar internamente las distintas áreas: de la política, de la ética y del derecho y [establecer] sus relaciones recíprocas”. No obstante, Bobbio subrayaba que, “contrariamente a una interpretación limitativa de la filosofía analítica, el *análisis conceptual* no se queda en el puro y simple análisis *lingüístico*, ya que éste aparece continuamente entremezclado con el análisis fáctico... realizado con las herramientas metodológicas consolidadas por las ciencias empíricas, de situaciones políticamente relevantes, de las que se intenta poner en evidencia los rasgos comunes”. Por este motivo, el método practicado por la tradición turinesa es denominado “empírico-analítico”.

PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL XIX

de “populismo”. Una noción —la representación mental de un objeto (en sentido lógico: objeto del pensamiento) mediante las *notas* características que le atribuimos para distinguirlo de otros objetos— no es más que un conjunto determinado de connotados (cualidades o caracteres) y denotados (objetos o referentes empíricos) que es asociado a (y evocado por) cada *uso* específico de un término, y que acompaña, como un significado (casi siempre) implícito, a la comunicación en la cual el término, aquel signo, es empleado en ese modo (de acuerdo a aquel uso o en aquella acepción). Las nociones de “populismo” —pero también muchas otras, sino es que todas aquellas evocadas por las palabras clave de la política, comenzando por la de “democracia”— en el lenguaje corriente y en el de los especialistas, son numerosas, confusas, nebulosas, imprecisas y equívocas. De ahí la babel comunicativa que conocemos.

Al filósofo analítico, que es un médico del lenguaje, se le pide principalmente contribuir a remediar esta situación. Por eso mismo, con frecuencia, es invitado a participar en seminarios, como el de Rocella Ionica; o bien, puede exigírsele un esfuerzo mayor, el de ofrecer a la comunidad de estudiosos una aportación científica para reordenar, afinar y mejorar los instrumentos conceptuales indispensables para el conocimiento de una determinada dimensión de la realidad y de un cierto tipo de fenómenos. El presente libro de Guadalupe Salmorán satisface precisamente esta exigencia. El objetivo perseguido por la autora, a través una operación compleja de “redefinición” o “definición explicativa” del término o, mejor, de la familia de términos que ha crecido en torno a “populismo”, es el de remodelar las nociones correspondientes a los diversos usos empleados en el lenguaje común y en la literatura especializada, para traducirlas en un concepto —un sistema de conceptos— cartesianamente claro y distinto, con una connotación precisa y consistente y una denotación determinada e inequívoca. Un sistema de conceptos (más) útil para la investigación y reflexión sobre un aspecto macroscópico y siempre más relevante en la política actual.

La operación teórica de redefinición conceptual fue desarrollada por Guadalupe, como sugiere el título del propio libro, a través de grandes coordenadas históricas y geográficas. Partamos de la dimensión de la denotación. ¿Qué referentes empíricos evoca inmediatamente el término “populismo” en las últimas décadas? ¿Qué cosa denotamos, principalmente, con esta palabra? A preguntas como éstas —que formulé algunas veces a mis estudiantes, y también a los asistentes del seminario cala-

XX PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

brés— las personas suelen responder indicando algunos nombres de personas: los líderes (así llamados) “populistas”. Pero las respuestas cambian al variar el contexto de referencia de los interrogados: Marine Le Pen y Salvini, o Chávez y Morales; pero también, en la primera área geográfica, la europea, “Podemos” (raramente es nominado Iglesias) y Beppe Grillo (del Movimiento 5 Stelle); del otro lado, el americano, Menem y Fujimori, y ahora Bolsonaro, por no decir Trump. Esta heterogeneidad en la denotación revela pronto que el núcleo del problema está en la vertiente de la connotación: ¿qué tienen en común los partidos chauvinistas y xenófobos, presuntamente defensores de naciones ilustres o de pequeñas patrias más o menos inventadas, que en las últimas décadas del siglo XX poco a poco se han afirmado en muchas partes de Europa, con los movimientos (supuestamente) socialistas, a veces revestidos de identidades etnopauperistas, que han obtenido un claro éxito político hacia finales del siglo pasado en América Latina, en algunos casos, inclinándose a la instauración de regímenes plebiscitarios? ¿En qué sentido y a partir de qué fundamento unos y otros pueden ser calificados de “populistas”? ¿Tiene sentido distinguir entre populismos “de derecha” y “de izquierda” clasificándolos como dos variantes de una misma categoría política? Además: ¿qué parentela podemos encontrar entre los fenómenos políticos más recientes y aquellos que fueron clásicamente identificados con el nombre de populismo en periodos anteriores, comenzando por el régimen de Perón en Argentina, de Cárdenas en México y de Vargas en Brasil? Las ambigüedades que acompañan a los usos, incluso los más controlados, de la categoría populismo son múltiples: relativas, no sólo a la colocación ideológica de los movimientos, partidos y regímenes a lo largo del eje tradicional izquierda-derecha sino, también a la relación que tienen respecto de la democracia, por un lado, y el fascismo (es decir, la antidemocracia) por otro; e, incluso, la actitud que muestran hacia el capitalismo y las políticas neoliberales o tecnocráticas. En suma, ¿cuál es la consistencia teórica de una categoría que pretende abrazar fenómenos políticos tan heterogéneos? Cuando una noción se presenta a primera vista tan equívoca, es fácil que sea rechazada por inservible.

En efecto, el escepticismo ha crecido entre los estudiosos en la misma medida en que han aumentado los usos incontrolados de la palabra “populismo”, sobre todo en el lenguaje periodístico. ¿Debemos considerar el parloteo sobre “populismo” una moda lingüística que resulta oportuno eludir? Yo creo que no. Observemos, en primer lugar, que la fortuna re-

PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL XXI

ciente de la palabra y de la caótica nebulosa de nociones por ella evocada ha acompañado a la difusión global, esta última también desordenada, de un síndrome patológico de los regímenes democráticos, todos (algunos más, otros menos) en proceso de degeneración. Para “nombrar” el efecto o aspecto general de esta patología han sido acuñadas y empleadas, desde inicios del siglo XXI algunas palabras nuevas: posdemocracia, antipolítica, contrademocracia, entre otras. Podría decirse que “populismo” ha vencido (y prevalecido sobre) aquellas otras palabras para expresar la cara más relevante de la crisis que atraviesan las democracias contemporáneas. Pero “populismo” no es un neologismo como otros tantos términos que se han convertido (por así decirlo) en sus contendientes: tiene una historia y dignidad científica, a la que no es para nada inútil volver a recurrir. Esto es lo que demuestra Guadalupe Salmorán, guiándonos a través del tiempo y el espacio —la historia y la geografía— para reconstruir y valorar los deslizamientos de significado en los diferentes usos de “populismo”: a partir de los dos fenómenos históricos, el ruso y americano, que hace más de cien años fueron bautizados por primera vez con este término; pasando por los así llamados populismos “clásicos” afirmados en América Latina en las décadas centrales del siglo XX y la manera igualmente clásica desde la que fueron estudiados; identificando la modificación de los cuadros conceptuales útiles para redefinir la noción y reformularla como un eficaz instrumento del conocimiento y de la comprensión de los nuevos fenómenos políticos emergidos, tanto en América como en Europa, a finales del siglo pasado e inicios del presente; para llegar, por último, a los desafíos que impone la situación política contemporánea, en el nuevo y viejo mundo, y a la necesidad de plasmar instrumentos teóricos adecuados para afrontarlos. Entre los cuales, es preciso contar con un concepto inequívoco de “populismo”.

IV. LOS POPULISTAS Y EL PUEBLO

A través de la historia y la geografía de los distintos usos de “populismo” y de los principales fenómenos, así como de grupos de fenómenos indicados con ese nombre, y mediante un trabajo vastísimo y capilar de comparación crítica de la literatura sobre el tema, Guadalupe logra formular su propuesta teórica: un concepto articulado, denso y problemático de “populismo”, útil a la observación y comprensión de un aspecto relevante de la realidad

XXII PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

política. Dejo al lector el placer y la fatiga —el fatigoso placer o la placentera fatiga— de afrontar, asimilar y meditar críticamente este concepto cuando llegue a los últimos dos capítulos de este libro. Aquí, para concluir mi invitación inicial a la lectura, propongo una versión sintética y simplificada, con algún retoque personal: como si fuese el zumo de la lección que he obtenido de la investigación de Lupita y, aún más, de las innumerables discusiones que hemos tenido durante sus tres años de estudio en Turín.

En el aura semántica del concepto “populismo”, redefinido por Guadalupe Salmorán, emerge antes que nada una dimensión, constantemente presente en los usos más diversos: el término es (casi) siempre empleado para designar (también) un “estilo” y/o una “estrategia” política: por este aspecto, evoca la noción clásica y siempre actual de demagogia, que ha acompañado como una inquietante sombra a las vicisitudes antiguas y modernas de la democracia. Y para aferrar la importancia de esta dimensión, la escuela turinesa invita a releer a Aristóteles. A veces, sin necesidad de actualizaciones forzadas, las páginas del gran filósofo antiguo parecen iluminar experiencias muy cercanas a nosotros.

Pero el núcleo de la propuesta teórica construida en este libro invita a designar como “populismo” —es decir, a reconocer como constante significativa de los fenómenos que han sido y pueden ser sensatamente así denominados— una ideología *sui generis*, una visión política de mundo, bastante variada en colores y con muchos matices en sus confines, asumida por los partidos o movimientos con orientaciones políticas distintas y hasta divergentes, pero siempre fundada en la reivindicación de la voluntad *auténtica* del “pueblo” o del interés *genuino* de la “gente” (común), contra la voluntad o los intereses de una clase política privilegiada y parasitaria, usurpadora y abusadora. Agregó que, por este motivo, la ideología populista se presenta como una especie de inversión especular de la clásica “teoría de las élites” formulada por Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto de entre finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. De esta teoría, recogida como una especie de horizonte conceptual originario por la *political science* contemporánea pero también asentada en el sentido común como una representación realista de la política, la visión del mundo populista —es decir: compartida en su núcleo sustancial por los diversos populismos— reformula en términos axiológicos invertidos la dicotomía fundamental, la oposición entre *élite* y masa, donde la masa es rebautizada como “pueblo” y transformada en el término positivo. Una dicotomía no sólo reformulada e invertida, sino empobrecida y simplificada en una

PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL XXIII

especie de maniqueísmo intuitivo, dogmáticamente predispuesto a explicar, justificar y a sostener la rebelión de las masas, del “pueblo”, contra las *élites*.

Del trabajo de redefinición explicativa de Guadalupe Salmorán emerge, además, una tercera dimensión de significado, con base en la cual se puede designar como “populismo” un tipo de régimen, caracterizado por una peculiar relación inmediata y simpatizante entre el pueblo, concebido como un macro-sujeto colectivo homogéneo, y un sujeto individual, con frecuencia carismático o con aspiraciones carismáticas, que no sólo se ofrece como “guía”, “amigo del pueblo” y su protector, sino que pretende además expresar la esencia y garantizar la integridad del propio “pueblo”. En esta dimensión de significado, el “populismo” se delinea como una variante o subclase de la autocracia, favorecida por formas de gobierno abiertamente verticalizadas, aunque no sea fácil ubicarla en modo unívoco —al menos no *prima facie*— en una sola vertiente del espectro político. De allí la aparente naturaleza proteiforme de los populismos, y la extrema variabilidad de su colocación a lo largo del eje “derecha”-“izquierda”.

La raíz de todas las ambigüedades reside obviamente en la noción de “pueblo”: múltiple, equívoca y engañosa —incluso: en el caso del populismo, tramposa— como ninguna otra noción en el léxico político. ¿Qué pueblo? ¿Quién es el pueblo? ¿El *demos* como el conjunto inclusivo (*universitas*) de ciudadanos activos, o el *plethos* como el conjunto de ciudadanos pasivos? ¿El *populus* sujeto público, articulado en instituciones públicas, en la *res publica* que es *res populi*, o el pueblo-multitud, simple *coetus*? O bien ¿el pueblo *plebs*, no el cuerpo colectivo sino sus estratos inferiores, las “clases populares”? O aún más ¿el pueblo pre-político, la estirpe, el *ethnos*? Advertía Bobbio: “Que no nos engañe la palabra pueblo...”. Lo mismo es válido para el discurso político de todos los tiempos.

Pero regresemos al pueblo de los populistas, es más, a los distintos pueblos de los diferentes populismos. En las construcciones ideológicas de los movimientos populistas, la representación del “pueblo” a la que cada uno de ellos apela adquiere cada vez una identidad específica y distinta a través de la contraposición a un determinado “no-pueblo”. En contra de la “casta” de los usurpadores, de los partidos, que se han apoderado de las instituciones públicas, se configura, para algunos populismos, el pueblo como sujeto político que reivindica el derecho de expresar por sí mismo la propia voluntad genuina, sin intermediarios, y sin técnicos o expertos:

XXIV PREFACIO. EN BUSCA DEL POPULISMO. UNA GUÍA CONCEPTUAL

basta la honestidad. En contra del *establishment*, de los privilegiados que ocupan las arcanas sedes del poder económico-social global, se manifiesta, para otros populismos, el pueblo de los olvidados, de los pobres o, con mayor frecuencia, de los empobrecidos, o de quienes temen empobrecerse, o deslizarse hacia abajo en la escala social, el pueblo de los penúltimos que temen volverse los últimos. De frente a las migraciones de masas desesperadas, y del miedo a las invasiones y contaminaciones, se erige, para otros populismos, el pueblo que defiende su propia (y presunta) pureza de estirpe y costumbres. Y así sucesivamente. Éstas y otras identidades pueden superponerse y mezclarse en dosis y porciones distintas, dando lugar a sujetos híbridos, con inclinaciones y orientaciones diversas.

Naturalmente, insisto, todos estos pueblos son construcciones ideológicas, no realidades originarias. No es el pueblo el que produce el populismo. Son los populistas los que “producen” al pueblo. El pueblo, el “señor Pueblo”, no existe. No obstante, los individuos que creen que exista, que creen ser parte del pueblo, de ser “pueblo”, lo hacen existir: todas las veces que aclaman a su jefe, a este o aquel jefecillo que logra en una u otra ocasión modelar la rabia y el miedo en la identidad colectiva ficticia de un “pueblo”.

Es un viejo prejuicio “popular” decir que la filosofía no sirve para nada. Sin embargo, para desenmascarar el ilusionismo ideológico de los populismos, para no caer en la trampa de creer que dar el poder a los partidos y movimientos populistas signifique dar el poder “al pueblo”, y que esto marque finalmente el nacimiento de la “verdadera” democracia, es útil la lectura de textos filosóficos —de filosofía analítica, sobria y seria— como este libro de Guadalupe Salmorán. Es una medicina para la mente que todos necesitamos.